

SOCIOCRÍTICAS Y SOCIOCRUCES. LECTURAS Y RELECTURAS DESDE LA SOCIOCRÍTICA DE EDMOND CROS

Mirko Lampis

Universidad Constantino el Filósofo de Nitra

mlampis@ukf.sk

Resumen: El objetivo de este artículo es el de sugerir y, al mismo tiempo, justificar una posible extensión del campo de aplicación de la teoría y metodología sociocríticas. La cuestión es, concretamente, si la sociocrítica puede legítimamente estudiar, sin perder de vista sus supuestos y programas de base, los procesos por los que determinados factores sociales “se inscriben” en las prácticas y los hábitos de lectura. En este sentido, son tres los posibles ámbitos de aplicación de la sociocrítica al estudio de la lectura: i) la lectura como fenómeno técnico, ideológico y discursivo dentro del texto; ii) los determinantes socio-culturales de los hábitos de lectura; iii) la lectura como factor determinante de las propias formas textuales. Estos ámbitos se ejemplificarán mediante la descripción de un caso concreto: la introducción y auge de la lectura interiorizada (lectura individual y silenciosa). Se analizarán, finalmente, las características definitorias de la propia práctica de lectura sociocrítica.

Palabras clave: Sociocrítica. Texto. Lectura.

Abstract: The aim of this paper is to suggest and, at the same time, justify a possible extension of the field of application of sociocriticism theory and methodology. The question is, specifically, whether sociocriticism can legitimately study, without losing sight of its basic assumptions and programmes, the processes by which certain social factors “are inscribed” in reading practices and habits. In this sense, there are three possible areas of sociocriticism application to the study of reading: i) reading as a technical, ideological and discursive phenomenon inside the text; ii) the socio-cultural determinants of reading habits; iii) reading as a determinant of textual forms. These areas will be exemplified through the description of a specific case: the introduction and rise of internalised reading (individual and silent reading). Finally, we analyse the defining characteristics of sociocriticism reading practice itself.

Key words: Sociocriticism. Text. Reading.

DOI: 10.17846/phi.II.1.2025.1928

1. Introducción

En el ámbito de las prácticas descriptivas y explicativas es normal, y aun aconsejable, cierto grado de pluralización, variación, heterogeneidad (cuando no inconformismo y heterodoxia), incluso cuando dichas prácticas se derivan de, y vuelven a, una teoría o programa descriptivo-explicativo sustancialmente unitario y coherentemente organizado, como es el caso de la sociocrítica elaborada por Edmond Cros. También por ello, en lo que sigue, me gustaría *sugerir* y *justificar* una posible extensión del campo de aplicación de la teoría y metodología sociocríticas. Más concretamente, la idea que propongo discutir es si la sociocrítica puede legítimamente estudiar, sin perder de vista sus supuestos y programas de base, los procesos por los que determinados factores sociales “se inscriben” en las prácticas y los hábitos de lectura.

Cabe recordar que el objetivo primario de la sociocrítica crosiana es el de individuar y explicar aquellos elementos del *contexto genético* que el texto *transcribe* en sus estructuras, entre sus formas significantes; es decir, las modalidades por las que se incorporan en el texto, en el momento de su génesis, las tensiones sociales e históricas que organizan la actividad social y, por ende, también la producción del discurso; en otros términos, las *relaciones existentes* entre las estructuras textuales y las de la sociedad en la que el texto tomó forma, en la medida en que estas dejan huellas en aquellas bajo la forma de micro-semióticas específicas disponibles para el análisis. La sociocrítica no consistiría, por lo tanto, propiamente hablando, en una metodología de hermenéutica textual, sino en una metodología textual de hermenéutica histórica y de crítica ideológica.

Nos movemos, por ende, entre los dos polos que organizan todo discurso acerca del texto y su significado. Por un lado, se puede sostener que el significado que el texto transmite depende *principalmente* de su organización interna, organización que ha sido fijada al momento de su creación y que el intérprete debe reconocer y, si procede, reconstruir, total o parcialmente; y se puede defender, por otro lado, que el significado del texto depende *sobre todo* de la labor de los intérpretes y de las condiciones socio-históricas de recepción de la obra, siendo tan activas y productivas las operaciones de lectura como las de creación textual. Polos que finalmente pueden converger, si bien con ocasionales preponderancias y jerarquías: tanto la permanencia estructural del texto –ella misma relativa: variantes, pérdidas, restauraciones, actualizaciones, etc.– como sus derivas interpretativas son imprescindibles para que el texto siga funcionando como generador de sentido.

Las relaciones genéticas y hermenéuticas que se dan entre el texto y sus intertextos y contextos de referencia son relaciones de tipo sistémico –relaciones que se forman, persisten y se actualizan solo al participar en una red colectiva de prácticas significantes– de modo que el comprender del intérprete ha de entenderse no solo como una actividad individual, sino también como una participación activa en un proceso de transmisión histórica (*en una tradición de sentido*) que orienta toda posible interpretación. Ni el texto, en su materialidad, ni el intérprete, con sus saberes, memorias y enciclopedias, son agentes que operan o pueden operar con independencia de un sistema y una historia culturales.

Aclarado este punto, cabe indicar al menos tres posibles ámbitos de coordinación o intervención del discurso sociocrítico en el estudio semiótico de las prácticas lectoras.

- i) La lectura como fenómeno técnico, ideológico y discursivo dentro del texto: el objetivo es analizar aquellos lugares textuales donde, explícita o implícitamente, se representan y caracterizan las prácticas de lectura y los sujetos leyentes.
- ii) Los determinantes socio-culturales de los hábitos de lectura: a partir de los lugares analizados en ‘i’, así como de otros saberes contextuales relativos a la producción, circulación y adquisición y consumo de textos, el objetivo es delinear el sistema de

relaciones y factores sociales e ideológicos que determinan el establecimiento y la difusión de determinadas modalidades de lectura.

- iii) La lectura como factor determinante de la propia forma textual: el objetivo es averiguar si y cómo las prácticas lectoras, además de quedar “inscritas” en el texto, también contribuyen a determinar sus estructuras y organización.

Además de estos puntos, que trataré más detenidamente en el tercer apartado del artículo –sirviéndome también, es preciso señalarlo, de los estudios que yo mismo he dedicado a la sociocrítica (Lampis, 2010, 2011, 2018) y a la lectura (Lampis, 2019)– hay otra cuestión, otro cruce teórico que me parece merecedor de la mayor atención. Resulta claro que la lectura, o al menos *cierta modalidad* de lectura, constituye la piedra angular que sostiene todo el edificio sociocrítico. Por decirlo con Dámaso Alonso, un crítico –y también, por extensión, un sociocrítico– es, ante todo y necesariamente, un lector, de modo que vale la pena explicitar aquellos factores que diferencian al lector crítico del acrítico, es decir, el modo de lectura específico sobre el que se funda, y al que conduce, la teoría crítica en cuestión. En el cuarto apartado, intentaré explicitar este modo de lectura en el caso de la sociocrítica y hay que reconocer en seguida que no será una tarea demasiado complicada, debido a la atenta conciencia metateórica (y metacrítica) de la que siempre ha dado muestra el profesor Edmond Cros.

2. Escritura y lectura

Puede parecer una obviedad recordar que las actividades de lectura y las de escritura están estrechamente vinculadas, tanto desde el punto de vista genético (se aprende a la vez a leer y escribir) como del funcional (escribimos para que alguien lea, leemos porque alguien escribió). Tan vinculadas, en efecto, que en el área de la didáctica de las lenguas se suele hablar, sin más, de *lectoescritura*. Cabe añadir, no obstante, que no se trata de actividades totalmente especulares o simétricas, ni desde el punto de vista arqueológico e histórico, ni desde el sociológico ni, finalmente, desde el psicológico y pragmático, puesto que hay épocas, ámbitos y momentos cuando y donde las prácticas de escritura y las de lectura no tienen la misma difusión, ni la misma frecuencia, ni el mismo estatus, ni el mismo nivel de tecnificación, estandarización, diferenciación, etc.

Desde un punto de vista semiótico, todavía podemos acudir a la definición de la noción de *lectura* que debemos a Greimas y Courtés:

En una primera aproximación, se entiende por lectura el proceso de reconocimiento de los grafemas (o letras) y de su concatenación, que tiene como resultado transformar una hoja adornada con símbolos dibujados en plano de expresión de un texto. Por extensión, el término lectura se emplea al hablar de otras sustancias de expresión distintas del grafismo: la lectura táctil es practicada por los ciegos que se valen de libros impresos en relieve, la lectura óptica designa el desciframiento de los caracteres escritos por la computadora, etc. [...] ella [la lectura] es, ante todo –y esencialmente–, una semiosis, una actividad primordial que tiene por efecto correlacionar un contenido con una expresión dada y transformar una cadena de la expresión en una sintagmática de signos. De ello se desprende, en seguida, que tal prestación presupone una competencia del lector, comparable, aunque no necesariamente idéntica, con la del productor del texto (Greimas y Courtés, 1982: 235).

Es oportuno recordar que las diferentes operaciones de lectoescritura, en tanto que formas de comunicación (y autocomunicación), se derivan de, y participan en, un dominio comunicativo mucho más general, el del habla humana. Es decir: si el habla (o lengua oral) es una modalidad de comunicación *mediante* expresiones vocales, y la oralidad el conjunto de los hábitos y tradiciones que se derivan de, y regulan, esta forma de comunicación, la lengua escrita es una modalidad de comunicación *mediante* expresiones gráficas –signos trazados sobre una superficie y reconocibles a la vista o al tacto (en griego, γράμματα)– que representan (están

por) las expresiones orales y reproducen (algunos aspectos de) su organización (Lampis, 2013: 46, 49).

Hay que subrayar, en primer lugar, que la función que el conector “mediante” desempeña en las definiciones anteriores no es solo preposicional (“con”, “a través de”), sino también participial: “lo que media” y, por ende, reduce distancias y une (las expresiones son los “puntos” donde convergen los sujetos comunicantes). Recordar, en segundo lugar, que la oralidad y la escritura, en tanto que prácticas comunicativas, se influyen y especifican de forma mutua y recursiva, lo que da paso a un amplio abanico de relaciones de oposición (oral versus escrito), competencia (oral o escrito, con disyunción excluyente), complementariedad (oral o escrito, con disyunción incluyente) y colaboración (oral y escrito). Señalar, finalmente, que ni las prácticas orales ni las escritas flotan, por así decirlo, en el vacío, sino que sostienen a, y son sostenidas por, incontables actividades culturales, bien de orden práctico, bien de orden ideológico. De ahí el proceso de inscripción de lo social en lo textual, así como lo concibe Cros: [prácticas socioeconómicas¹]→ [formaciones ideológicas]→ [formaciones discursivas]→ [discursos]→ [textos].

A este proceso, sin embargo, habría que añadir el proceso inverso y complementario de inscripción de lo textual en lo social: [textos]→ [discursos]→ [formaciones discursivas]→ [formaciones ideológicas]→ [prácticas socioeconómicas]. Ambos procesos, ahí donde puedan ser convenientemente diferenciados y descritos, forman parte de la deriva histórica de una sociedad (de un sujeto colectivo, de una comunidad epistémica). Es la historia, justamente, “el horizonte último de la inserción del texto en la realidad” (González de Ávila, 2002: 130) y de la realidad en el texto.

El programa de investigación sociocrítico está originalmente abocado al estudio de la inscripción en el texto, durante el momento propiamente escritural, de las condiciones socioeconómicas, mediadas por las formaciones ideológicas y discursivas: la historia es “el fundamento de toda estructura” y el objetivo de la sociocrítica es el de “sacar a la luz las modalidades que rigen la incorporación de la historia en las estructuras textuales” (Cros, 2009: 56). ¿Sería posible delinear, sin embargo, también un programa de investigación orientado hacia el segundo proceso, la inscripción en el sistema socioeconómico, durante el momento propiamente interpretativo, de los elementos del texto, mediados por las formaciones discursivas e ideológicas? Desde luego, en semejante programa las actividades de lectura, en tanto que operaciones de actualización y apropiación del texto, adquirirían una relevancia insoslayable. Contribuyendo a subrayar, de paso, la naturaleza (¿indefinidamente?) recursiva de ciertas actividades culturales, puesto que, en última instancia, los hábitos lectores no solo son influidos por, sino que también influyen en los hábitos discursivos e ideológicos, sin solución de continuidad (si no parcial y contingente).

3. La lectura como objeto de interés sociocrítico

Ya he señalado, en la introducción, las tres posibles modalidades de intervención sociocrítica en el estudio de la lectura: i) la lectura como fenómeno técnico, ideológico y discursivo dentro del texto; ii) los determinantes socio-culturales de las prácticas de lectura; iii) la lectura como factor determinante de la estructura textual. En lugar de intentar desarrollarlas ulteriormente desde un punto de vista teórico (y metateórico), me gustaría ejemplificarlas mediante la descripción de un caso concreto, a fin de poner de relieve sus características, así como su interdependencia (no se deje de considerar, al respecto, la naturaleza propositiva, y no resolutive, de este texto).

¹ Hay que entender lo “socioeconómico” en un sentido amplio (y, a la postre, etimológico: *oikos* ‘hogar’ y *nomos* ‘norma’): no solo actividades de producción y consumo, sino todos los quehaceres que regulan la vida social.

En un celeberrimo pasaje de las *Confesiones*, Agustín de Hipona comenta, con evidente estupor, el extraño proceder de su maestro Ambrosio: “Sed cum legebatur, oculi ducebantur per paginas et cor intellectum rimabatur, vox autem et lingua quiescebant” (‘Cuando él leía, sin embargo, mientras los ojos recorrían las páginas y la mente indagaba el sentido, la voz y la lengua descansaban’; *Confesiones*, VI, 3). A menudo, sigue Agustín, los discípulos de Ambrosio lo veían “legentem tacite” y esa lectura silenciosa, supone Agustín, podía deberse al deseo de evitar que algún oyente curioso interrumpiera el flujo de la lectura con una pregunta inoportuna o, quizás, a la necesidad de “ahorrar” la voz, que el obispo, ya mayor, perdía con facilidad.

Según lo que sabemos, tras el testimonio de Agustín, uno de los primeros momentos que marcaron la transición desde la lectura en voz alta (o lectura oralizada) a la lectura silenciosa (o lectura interiorizada) se dio en los monasterios cristianos del siglo VI d.C., probablemente por motivos prácticos: respetar el silencio común y no molestar a los demás durante las horas de meditación individual y de reposo. Sin embargo, si San Benedicto en su regla todavía presentaba la lectura silenciosa como una mera exigencia práctica (así como ocurriría en las bibliotecas universitarias a partir del siglo XV), Isidoro de Sevilla, no muchos años después, ya defendía que la *lectio tacita* favorece la intelección del texto (Barthes y Compagnon, 1979: 186-187).

Empezó a generalizarse en la Edad Media, pues, por lo menos en determinados ámbitos cultos, la costumbre de leer a solas y silenciosamente, fenómeno que podemos relacionar – como efecto y a la vez como causa– con los procesos de mejora y estandarización de la composición de la página y con la difusión de la escritura discontinua. En efecto, leer textos compuestos en *scripta continua*, sin espacios tipográficos que separen las palabras, era una operación que requería notables capacidades “filológicas” y no todos los lectores conseguían aprender a hacerlo con soltura. Los códices eran además objetos muy valiosos, sobre todo antes de la difusión de la fabricación y el uso del papel (a partir del siglo XIII), de modo que la lectura colectiva (en voz alta) contribuía a reducir los gastos necesarios para componerlos, adquirirlos y preservarlos.

En Europa, la lectura en voz alta fue preponderante hasta el siglo XIV (Gilmont, 2006: 64), y aun después, por lo menos hasta el siglo XVIII, los bajos niveles de alfabetización siguieron otorgando a las prácticas de lectura pública un papel social muy relevante. Basten aquí unos pocos testimonios, pero de indudable prestigio: en el capítulo I de la introducción a los *Viajes* de Marco Polo (siglo XIII), el narrador recuerda que en el libro se presentan “las cosas vistas como vistas, y como oídas las que así lo fueron”, de modo que “cualquiera que haga su lectura o lo escuche deberá darle crédito por ser verdadero en todas su partes”; en el Prólogo a la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, que aparece en las ediciones de la obra a partir de 1502, el autor comenta los diferentes efectos que el texto puede tener “cuando diez personas se juntaren a oír esta comedia”; y el título del capítulo LXVI de la segunda parte del *Don Quijote de la Mancha*: “Que trata de lo que verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer”.

Podemos consultar, asimismo, el Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española (accesible en línea a través de la página de la RAE) y trazar una breve historia lexicográfica del lema leer. Descubrimos así que, si en el diccionario español-latín de Nebrija (1495) se recoge tanto “Leer aiuntando letras. *Lego, is*” como “Leer declarando. *Expono, is*”, en el diccionario de Covarrubias (1611) leer se define únicamente como “pronunciar con palabras lo que por letras está escrito”. La lectura silenciosa aparece, más de un siglo después, en el *Diccionario de autoridades* (1734), aunque como mera alternativa a la lectura oralizada: “Pronunciar lo que está escrito, o repasarlo con los ojos”, definición que sigue invariada hasta la edición de 1803 del diccionario académico, donde es sustituida por “Pasar la vista por lo escrito, o impreso,

haciéndose cargo del valor de los caracteres, pronunciando o no pronunciando las palabras”. Esta última definición se repite luego inalterada (con ligeras modificaciones a partir de 1884) hasta la edición de 2001 del diccionario académico, en la que finalmente desaparece toda mención a la posibilidad de pronunciar las palabras: “Pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados”.

Parece legítimo, en definitiva, reconducir la difusión de la lectura silenciosa, interiorizada, a tres conjuntos de factores:

- i) determinadas innovaciones y mejoras técnicas (*scripta discontinua*, papel, imprenta, etc.);
- ii) concretas circunstancias y exigencias de lectura (no molestar a los demás, reflexionar pausadamente sobre lo leído, etc.);
- iii) la progresiva alfabetización de estratos cada vez más amplios de la sociedad.

Al mismo tiempo, cabe reconocer en el hábito de la lectura individual y silente uno de los factores que estimularon esas mismas mejoras, exigencias y procesos.

Creemos, sin embargo, que hay algo más que vale la pena investigar y que es en relación con esto que el aporte de la sociocrítica podría resultar especialmente valioso: ¿en qué medida cabe relacionar la difusión de la lectura individual e interiorizada con la creación y el ascenso del sujeto burgués? O en otros términos: ¿qué conexión es posible establecer entre el hábito de lectura interiorizada y: i) el proceso de formación, a partir del siglo XVI, de un nuevo y moderno sentido de identidad (el de un individuo que se concibe a sí mismo como sujeto independiente, creador, árbitro de su destino y sus acciones y poseedor de derechos inalienables, incluido el de disponer libremente de su propiedad, tiempo y espacio); y ii) la formación, a partir del siglo XVIII, de un verdadero y propio mercado cultural y, más específicamente, editorial?

Durante siglos, la escritura –o al menos cierto tipo de escritura: aquella relacionada con el ritual, el culto, el mito, la ley, etc.– fue soporte y extensión de la oralidad: se escribía para poder recuperar con la voz, para volver a oralizar lo ya oralizado. Y esto al margen de las eventuales exigencias y costumbres sociales de lectura pública o, en términos más rigurosos, sin que siquiera se planteara una diferencia sustancial entre lectura pública y lectura privada. En este sentido, la práctica y difusión de la lectura silente, interiorizada, representa una auténtica revolución semiótica que establece una nueva distancia –oposición, competencia, complementariedad, colaboración– entre escritura y oralidad.

¿Cuáles son, pues, las prácticas socioeconómicas e ideológicas que contribuyeron a, y sostuvieron, semejante revolución? ¿Es posible hallar concretas “huellas textuales” de tales prácticas? ¿Qué nos dicen estas “huellas” de los modos de reorganización de la textualidad a raíz de los nuevos hábitos de lectura? Estas son las preguntas de interés semiótico y cultural que podrían encontrar respuesta a partir del análisis de un amplio corpus de textos literarios y documentales. Análisis que naturalmente supera los objetivos y el alcance del presente artículo: llegados a este punto, es menester dejar la palabra (y la pluma) al sociocrítico.

4. La lectura como práctica sociocrítica

Existen muchas formas y modalidades de lectura, dependiendo de los ritmos, las técnicas, los soportes materiales, las circunstancias y las finalidades². También por ello,

² Según la modalidad y cantidad de *trabajo interpretativo*, por ejemplo, podemos distinguir los siguientes tipos de lectura: intensiva, extensiva, crítica, ingenua, superficial, obsesiva, salvaje (asistemática e irreflexiva), anárquica (en contra de toda autoridad crítica o interpretación canónica), etc. Según los fines u objetivos: lectura de entretenimiento (o de evasión, y hasta “narcótica”), de formación, práctica (para aprender a “hacer cosas”), informativa, ideológica, estética, ritual, etc. Según la causa: lectura obligatoria, aconsejada, casual, etc. Según los

podemos designar la actividad llevada a cabo por el analista sociocrítico sobre y mediante el texto, sin más, como *lectura sociocrítica*. Las formas y modalidades específicas de este tipo de lectura no son difíciles de delinear, gracias sobre todo a las numerosas observaciones metateóricas de Cros, sus concretos análisis textuales y su atenta explicitación de las fuentes empleadas³.

Lo que el analista sociocrítico persigue es, en último término, una *lectura sintomal* del texto: “una lectura más *atenta a lo que el texto calla que a lo que expresa*” (Cros, 2009: 58)⁴. Porque es ahí, “en las rupturas, las discordancias discursivas, es decir, en fenómenos que han escapado a todo control de la conciencia del sujeto hablante” (Cros, 2009: 59), donde es posible descubrir las huellas, los síntomas del no consciente colectivo y de las ideologías subyacentes. Existe, en otros términos, la posibilidad de reconstruir, aunque sea parcialmente, el sistema de los valores semánticos y pragmáticos que los elementos significantes del texto –especialmente los lexemas– poseían al momento de su creación, y esto con independencia de las intenciones autorales y de la organización estética de la obra.

En términos generales, sabemos que todo texto incluye determinadas pistas sobre sus condiciones pragmáticas de lectura, pistas que en medida variable funcionan con cualquier lector culturalmente capacitado para interactuar con él, pero que adquieren un significado especial cuando la aproximación lectora responde a exigencias declaradamente críticas o filológicas. Todos los lectores, incluidos los que proceden de culturas y tiempos lejanos respecto a la cultura y el tiempo genéticos del texto, intentan, de manera conforme a su propia enciclopedia cultural y a sus prácticas descriptivas, reconstruir *determinados aspectos del intertexto genético* gracias a las relaciones estructuradas que *detectan* en el texto y, si procede, entre este y otros textos de referencia. La sociocrítica elevaría tal intento a una práctica crítica teórica y metodológicamente fundamentada.

Ningún texto constituye una realidad fija e independiente y ninguna lectura puede considerarse como la definitiva y universalmente correcta. Textos y signos constituyen más bien espacios fluctuantes que solo se estabilizan al participar en determinadas redes de relaciones ideológico-discursivas. Este dato, sin embargo, no justifica ni apoya ningún deconstruccionismo o relativismo radical, ya que los procesos discursivos que subtienden a la creación textual –y que se derivan de instancias ideológicas colectivas– siguen actuando en y a través de los textos que producen; el hecho de que el significado fluctúe, en palabras del propio Cros (2009: 91), “no significa que se pueda decir cualquier cosa a propósito de un texto; sigue

momentos y la frecuencia: lectura rutinaria, ocasional, a largo plazo, etc. Según el lugar: lectura escolar, doméstica, de viaje, etc.

³ Del estructuralismo genético de Lucien Goldmann, por ejemplo, Cros toma las nociones de *sujeto transindividual* y de *no consciente*, como también la idea de una posible y fructífera coordinación entre la noción de *estructura* (sistema cerrado cuyos elementos se interdefinen) y la de *génesis* (proceso históricamente determinado de formación o emergencia cultural). Es precisamente gracias a esta síntesis entre crítica estructuralista y marxista, entre estructura y génesis, entre análisis estructural y análisis dialéctico, cómo la lectura adquiere su dimensión más propiamente sociocrítica. Con los formalistas rusos (especialmente Tinianov), Michail Bachtin y Iuri Lotman, Cros comparte la preocupación por la estructura material (la forma expresiva, significativa) del texto y por sus múltiples conexiones con el sistema literario y con el contexto socio-histórico, así como la idea –ya formulada por Lev Vygotsky– de que la propia conciencia humana es un producto cultural, resultado de las interacciones del sujeto cognoscente con su dominio lingüístico y social de existencia. Cros, finalmente, deriva de Louis Althusser su noción de *ideología* (sistema organizado de representaciones que cumple una determinada función social) y de Michel Foucault, la noción de *formación discursiva* (conjunto organizado de prácticas de producción, circulación e interpretación textual).

⁴ Durante siglos, “semiótica” fue el nombre de aquella disciplina médica finalizada a los estudios de los síntomas (los signos visibles por los que se puede inferir una enfermedad oculta). En este sentido, hablar de “lectura sintomal” no hace más que reforzar, metafórica y etimológicamente, la dimensión semiótica del hacer sociocrítico.

siendo necesario que las lecturas propuestas se presenten como lecturas coherentes y por tanto aceptables. La noción de *validez* destrona a aquella de *verdad*". También las interpretaciones de un texto, al igual que su génesis, son fenómenos determinados social e históricamente. Pueden ser complejos, pero no son arbitrarios.

La lectura sociocrítica se fundamenta a partir del supuesto de que todo texto, toda estructura significativa constituye "un espacio cargado de memoria que liga el presente a un pasado y convoca sujetos colectivos" (Cros, 2009: 94), pasado y sujetos colectivos que la sociocrítica trata de describir a partir de determinadas huellas textuales (los "síntomas" del no consciente colectivo). El punto es que los sujetos colectivos, o transindividuales, necesariamente se manifiestan en el texto a través de esas micro-semióticas específicas que organizan (y lexicalizan) sus valores discursivos y sociales, de modo que el analista puede reconocer y reconstruir a partir del texto aquellos trazados ideológicos y aquellas isotopías de sentido que nos remiten a los concretos contextos socio-históricos en que se produjeron los sistemas de acuñaciones y los valores detectados.

La conformación de las micro-semióticas activas en una formación discursiva dada depende de la organización del sistema ideológico subyacente en el momento de la génesis textual y el trabajo del analista consiste sobre todo "en reconstruir estos tipos de redes de signos para volver a encontrar, aguas arriba, las prácticas ideológicas que los han producido" (Cros, 1986: 76). Aquí se manifiesta el objetivo primario de la lectura sociocrítica: *reconstruir o recuperar*, "navegando aguas arriba", los significados socio-ideológicos inscritos (y a menudo filtrados) en el texto en el momento de su génesis.

Es importante señalar que esta misma operación de reconstruir los "depósitos" ideológicos y los "manantiales" socio-históricos del texto no es fundamental solo en perspectiva sociocrítica, sino que la hallamos también entre los objetivos de ese quehacer semiótico que González de Ávila define como *vinculante*, cuya primera reivindicación, cuyo principio básico sería "el de que sólo si se tienen en cuenta las condiciones reales de la producción de los discursos podremos acercarnos a su significación humana y social, pues ningún discurso tiene sentido al margen de los diferentes contextos de donde procede y en los que se inserta" (González de Ávila, 2002: 24). Por ello, las lecturas y relecturas sistemáticas del texto corresponden a un quehacer analítico –a la vez deconstructivo y reconstructivo– que apunta a vincular determinados hechos paradigmáticos y sintagmáticos con determinadas formaciones discursivas ideológicamente organizadas.

Tal y como subraya Eliseo Verón (2004: 17), lo ideológico no es el nombre de un tipo de discurso específico, sino el nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado "huellas" en ellos. Es esta acepción de ideología la que manejan tanto el quehacer semiótico vinculante como el análisis sociocrítico. Y no solo a fin de reconectar el texto con el entorno socio-histórico de su génesis, "sino, ante todo, a fin de introducir en el propio texto sus condiciones de producción como indicios materiales, marcas formales, pertinencias de análisis" (González de Ávila, 2002: 29).

Por lo tanto, la lectura sociocrítica, si bien consiste esencialmente en una práctica analítica de tipo deconstructivo-reconstructivo, de ninguna manera es arbitraria, así como no son arbitrarios los propios intertextos con los que trabaja. La competencia textual, enciclopédica e histórica del analista resulta, desde luego, fundamental para poder individuar objetos pertinentes –micro-semióticas, ideologemas, sujetos colectivos, etc.– y atar cabos, develar relaciones y vínculos, construir intertextos. No obstante, esta labor no sería posible o resultaría insignificante si: i) la estructura material del texto (filológicamente entendida) no suportara el análisis de forma intersubjetivamente válida; y ii) otros textos –literarios y documentales–

pertenecientes a la tradición cultural en que se mueven (y por la que fluyen) los analistas y los textos analizados no contribuyeran a (y no autorizaran) la coherencia del análisis en acto.

5. Conclusión

Consideremos el estudio de las condiciones materiales, ideológicas y discursivas que determinan la emergencia y la difusión de determinados hábitos, métodos y aun estrategias de interacción con el texto escrito. ¿Tendría sentido y utilidad, cabe preguntar, inaugurar un programa de investigación específicamente dedicado a tales cuestiones? ¿Podría legítimamente denominarse este programa como “sociocrítica de la lectura”?

Sin duda, los historiadores, arqueólogos (en sentido foucaultiano), sociólogos y semiólogos que se han ocupado de la historia y la tipología de las prácticas lectoras ya se han interesado por sus condiciones genéticas, si bien ninguno de ellos, hasta donde he podido comprobar, ha tomado en consideración la posibilidad de emplear la metodología sociocrítica en sus investigaciones. Por otro lado, tampoco en el ámbito de la sociocrítica del texto he podido encontrar estudios específicamente dedicados al problema de la lectura. A pesar de ello, lo que aquí hemos sugerido es que la lectura sociocrítica, la lectura “sintomal” del texto, podría ofrecer una valiosa contribución a la hora de reconstruir “aguas arriba”, a partir de las “huellas” depositadas en lo escrito, los determinantes socio-históricos de este o aquel hábito lector.

La posibilidad de hablar de “sociocrítica de la lectura” queda justificada, en último término, por la epistemología de fondo del programa de investigación: el estudio crítico de las condiciones socio-históricas de producción de las prácticas investigadas, pero hay que aclarar que este mismo programa deberá necesariamente ir más allá de los métodos de análisis sociocrítico y acudir también a los de otras muchas disciplinas: la ciencia de los materiales, la paleografía, la iconología, la etnología, la psicología sociocultural, etc. No podría ser de otra forma, dado la peculiaridad del objeto investigado. De la lectoescritura como competencia y destreza, el momento escritural es el único que deja un documento material estable (o suficientemente estable) y disponible para el análisis (ya se sabe: *scripta manent*), mientras que solo en tiempos recientes y de forma saltuaria, en las grabaciones de lecturas y recitales públicos, la lectura oralizada se documenta in vivo, siendo su destino, normalmente, el de volver al cauce fluido e inestable de las vivencias psico-socio-culturales. El único destino que conoce, por cierto, la lectura interiorizada.

Por ello, todo pasaje, todo fragmento, toda representación, toda descripción y toda reflexión acerca de la operación de leer es un testimonio inestimable. Y por ello, según creemos, en el proceso de definición del estudio (sociocrítico) de la lectura también desempeñarán un papel significativo las prácticas y los hábitos de lectura sociocrítica.

Bibliografía

- BARTHES, Roland, COMPAGNON, Antoine (1979), “Lettura”, in *Enciclopedia Einaudi. Vol. 8*, Turín, Einaudi, 1979, pp. 176-199.
- CHICHARRO, Antonio (2012), *Entre lo dado y lo creado. Una aproximación a los estudios sociocríticos*, Varsovia, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos.
- CROS, Edmond (1986), *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid, Gredos.
- CROS, Edmond (2009), *La sociocrítica*, Madrid, Arco Libros.
- GILMONT, Jean-Francois (2006), *Dal manoscritto all'ipertesto. Introduzione alla storia del libro e della lettura*, Milán, Le Monnier.

- GONZÁLEZ DE ÁVILA, Manuel (2002), *Semiótica crítica y crítica de la cultura*, Barcelona, Anthropos.
- GREIMAS, A. J., COURTÉS, J. (1982), *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- LAMPIS, Mirko (2010), “El texto artístico y la historia. Una mirada sistémica sobre la fijación y el devenir social de las estructuras significantes”, *Sociocriticism*, XXV, 1-2, 2010, pp. 139-153.
- LAMPIS, Mirko (2011), “Sociocrítica y pensamiento sistémico”, *Sociocriticism*, XXVI, 1-2, 2011, pp. 163-179.
- LAMPIS, Mirko (2013), *Tratado de semiótica sistémica*, Sevilla, Alfar.
- LAMPIS, Mirko (2018), “Una incursión en la teoría sociocrítica desde la semiótica”, *Sociocriticism*, XXXII, 1-2, 2018, pp. 33-49.
- LAMPIS, Mirko (2019), “La insostenible soledad del lector. La lectura como trabajo individual y colectivo”, *Signa*, 28, 2019, pp. 25-62.
- LOTMAN, Iuri M. (1982), *Estructura del texto artístico*, Madrid, Istmo.
- VERÓN, Eliseo (2004), *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona, Gedisa, 2004.



Phi. Philologia Romanistica Cultura © 2024 by Department of Romance and German Studies, Faculty of Arts, Constantine the Philosopher University in Nitra is licensed under Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International